



---

Rascovsky\_L\_1945

## Review Fromm, E., >Sex and Character< (1943b, English)

Luis Rascovsky

Source: *Revista de Psicoanálisis Argentina*, Vol. 3 (No. 2, 1945), pp. 351-354.

El viejo problema ya señalado en el antiguo testamento es abordado por Fromm, quien insiste en el carácter generalmente unilateral con que ha sido planteado. Muchos han señalado que “el alma no tiene sexo” y que las diferencias se originan solamente en causas culturales mientras que otros sostienen la tesis contraria. En la psicología moderna Freud sostuvo este último criterio basándose en las diferencias anatómicas y mientras los analistas estrictamente ortodoxos mantienen estos puntos de vista como una de las piedras angulares de su sistema psicológico, otro grupo discute este criterio basándose en el natural desenvolvimiento cultural, hallando apoyo y confirmación en los descubrimientos de los antropólogos. Después de indicar los peligros de una tal sistematización dice que hay que evitar el error de confundir diferencias entre ambos sexos con deficiencias de ambos sexos. Determinadas diferencias biológicas producen diferencias caracterológicas y que estas últimas, ligadas con las primeras, son originadas por factores sociales que siendo más fuertes en sus efectos pueden incrementar, eliminar o invertir las diferencias biológicas.

Basa su estudio en el acto sexual, en la necesidad de erección en el hombre y en la dependencia de la mujer no sólo en el acto mismo del coito sino de la habilidad del hombre en procurarle satisfacción y en los distintos tipos de ansiedad que surgen en ambos. Para el hombre el acto constituye un test de examen, una prueba. Su ansiedad específica es el temor al fracaso, siendo su caso extremo la angustia de castración. En la mujer la ansiedad está ligada a su dependencia del hombre, no al fracaso mismo sino al hecho de ser dejada sola, de ser frustrada. La angustia del hombre concierne más a su Yo, a su prestigio, a su valoración frente a la mujer. En ésta corresponde más a su placer y satisfacción sexual.

La primera y más elemental división de la humanidad en grupos separados la constituyó la diferencia de sexos. Ambos, hombres y mujeres se necesitan biológicamente para el mantenimiento de la raza y psicológicamente para la satisfacción de sus deseos eróticos, pero como en toda otra situación similar no sólo existen elementos de armonía y cooperación sino de lucha y desarmonía que constituyen dos aspectos de una situación básica; diferencia e interdependencia. El hombre y la mujer a la vez de tener la capacidad de amarse tienen la de odiarse.

Sostiene un concepto de la ansiedad femenina y masculina diferente a la de Freud en vista de la naturaleza del antagonismo de sexo, manifestando que la actitud de Freud es patriarcal haciendo radicar los principales conflictos entre padre e hijo y restando importancia a la madre acentúa la angustia de castración frente al padre celoso. Sólo secundariamente este temor de castración es dirigido hacia la mujer. Ésta no siente la angustia en la misma forma sino como



una injuria a sus sentimientos de integridad corporal, no es una angustia de castración sino una situación de inermidad, frente a una injuria interna tal como la de ser impregnada contra sus deseos. Esta diferencia en el tipo de la angustia ocasiona específicos medios de defensa. El hombre ante la angustia de fracaso utiliza el medio o el deseo de prestigio para sí mismo y para el ambiente que le circunda, reasegurándose en todas las actividades posibles, de su temor de fracaso sexual. Don Juan lo intenta directamente, otros indirectamente por medio de desplazamientos.

El sistema social y económico moderno está basado en principios de competición y éxito. Esta búsqueda de prestigio en el hombre le confiere a su vanidad una calidad que la diferencia de la vanidad femenina no tanto en su cantidad sino en su naturaleza, que consiste principalmente en demostrar su capacidad de no temer el fracaso. Otro aspecto de la búsqueda o anhelo de prestigio es la sensibilidad del hombre ante el ridículo, particularmente frente a la mujer como asimismo su temor ante ella por su propio odio, que al mismo tiempo cumple una función defensiva, dominarla, tener poder sobre ella haciéndole sentirse débil e inferior. El autor señala además que ante este temor al fracaso el hombre desea ser mujer en la misma forma que la mujer desea ser hombre, siendo una de sus motivaciones la envidia del hombre de la capacidad de la mujer de tener hijos.

La ansiedad de la mujer ante la frustración y la pérdida de dependencia, del temor a ser dejada sola en el acto sexual como así emocional y socialmente es imputada a la “naturaleza” de la mujer. El papel tradicional de la mujer en toda organización patriarcal surge sin consideración a las condiciones específicas de su sexo sino sólo por condiciones sociales y a pesar de que la afirmación de la naturaleza específica de su dependencia no debe ser subestimada, ella tiene su génesis en el papel que en el acto sexual desempeña frente al hombre. Uno de los rasgos de la vanidad femenina es que está destinada a su necesidad de atraer, a comprobarse que puede hacerlo y que es atractiva. El temor a la dependencia y a la frustración la conduce al deseo de tener un pene, deseo que no surge exclusivamente de la primaria sensación de su falta, sino como deseo de independencia, de no estar restringida y expuesta al peligro de la frustración (Clara Thompson, Karen Horney), en resumen, de sobreponerse a su dependencia aunque además pueda servir en circunstancias especiales como símbolo al servicio de tendencias agresivas contra el hombre o la mujer. Otra importante diferencia sexual para la configuración de las distinciones caracterológicas las constituyen la mayor diferenciación en los órganos sexuales de la mujer, quien posee dos fuentes de excitación siendo la interna, dentro del cuerpo la principal, mientras que en el hombre es exterior. En éste es fácilmente visible en sus órganos la excitación, mientras que en la mujer no, en ella el acto implica la preñez seguida de profundos cambios en sus procesos glandulares que no tienen lugar en el hombre.

La posibilidad de tener niños de la que carece el hombre ha sido muy desestimada por la visión unilateral del problema, siempre enfocado con una concepción patriarcal dominante. La envidia del pene de la mujer ha sido siempre bien valorada, pero la envidia del hombre por no poder criar niños ha sido escasamente notada. La esterilidad que el hombre sintió en épocas primitivas, cuando la relación del coito con la procreación no se había aún establecido, creó en éste una fuerte envidia a la mujer, única productora de vida. Al respecto cita los trabajos de Bachofen, Morgan y Briffault quienes analizaron brillantemente un vasto material antropológico sugiriendo que en muchas fases de la historia primitiva existieron culturas en las



que la organización social estaba centrada alrededor de la madre y en las cuales grandes diosas identificadas con la productividad de la naturaleza constituían el centro de las ideas religiosas del hombre. Ilustra estas consideraciones con el mito babilónico de la creación de estrellas y el destronamiento de la diosa Thiamat por Marduk, quien conserva la facultad de crear seres vivos por medio de la palabra y no de la matriz y así sucesivamente todos los trazos de una supremacía de diosas han sido eliminados hasta llegar a la concepción que el hombre no ha nacido de una mujer pero sí, en cambio, ella ha sido hecha por el hombre. Esta superioridad de la mujer sentida, en otras épocas conscientemente por el hombre, permanece aún en nuestro inconsciente y no ha perdido aún su significado.

Las diferencias “naturales” están entremezcladas con las diferencias impuestas por la cultura en que el individuo vive. En la nuestra, de hecho e ideológicamente la mujer depende del hombre. El autor insiste en que los rasgos dependen mucho menos del papel sexual que del social. Los tipos de cultura y forma de convivencia social pueden crear rasgos caracterológicos paralelos u opuestos a los surgidos de otras fuentes tales como los de las diferencias sexuales.

La búsqueda de prestigio y la dependencia como productos culturales determinan el conjunto de la personalidad total que queda así coloreada con tales rasgos. En el fondo las diferencias en el sexo desaparecen para dar lugar a una igualdad basada principalmente en el hecho de que el hombre y la mujer son ante todo seres humanos con las mismas potencialidades, los mismos deseos y temores. Las diferencias existentes entre los sexos son insignificantes, comparativamente con las diferencias caracterológicas halladas entre seres del mismo sexo.